

La calle para el jueves 13 de enero de 2011

Diario de un espectador

Rulfo del siglo XXI

Miguel Ángel Granados Chapa

Aunque apremiada por que debía realizar la lectura en su propia casa, no a solas sino acompañada —más bien vigilada— por Macario, Mónica Lezama se adentró en la lectura de las 162 cuartillas a que nos referimos ayer, que contenían la novela de Juan Rulfo, *La cordillera*, cuya existencia por sí se comprobaba.

“Sobre todo en las primeras páginas, la novelista reconoció los fragmentos rescatados en *Los escritos* (sic, por *Los cuadernos*) de Juan Rulfo: había trabajado concienzudamente en ellos para su ensayo, casi los recordaba de memoria. Sin embargo, y a reserva de cotejarlos después, era evidente que Rulfo había realizado modificaciones y encontrado la manera de estructurar con habilidad las historias de aquellos campesinos emparentados con encomenderos del siglo dieciséis. Ahí aparecían desde luego los miembros de la familia Pinzón, eje central de la historia: Librado, Dionisio, Ángel, Jacinto, Tránsito, Clemencia. Y estaban los Tiscareño. Y se sentían latiendo pueblos sonoros de Juan Rulfo: Ozumacín, Chinantla, Cuasimulco. Con esas familias y muchas otras se terminaba formando con el pasado y el presente una metafórica cordillera de emigrantes huyendo de sus tierras reseca, abandonadas, expropiadas por los poderosos, rumbo a un edén imaginario que parecía convertirse de pronto, dramáticamente, en las fronteras del país vecino. Se repetía el recurso de los saltos en el tiempo y los fantasmas corporizados de los muertos, aunque ahora esa estructura de baraja formaba una especie de red única —pensó Mónica— dicta por la intensa búsqueda formal del escritor, pero al servicio de una historia multiplicada o dividida aritméticamente por un denominador común. Era un Rulfo modernísimo. Un Rulfo que no solamente se salía de sus habituales alardes poéticos, de su destreza en la sintaxis del habla coloquial inventada por él, sino que conseguía encontrar, como en el reventón de un torrente, un punto de vista multitudinario, un narrador bíblico, encarnado en la voz de ese émulo de Moisés avanzando con su pueblo durante el éxodo.

En ningún momento se añoraba la precisión de llamar a los minerales, a los vegetales y a los animales por sus nombres propios, sólo descifrables a veces por el diccionario de mexicanismos de Santamaría. Se descubría además —y se le puso a Mónica la piel chinita— a un escritor de gran malicia en lo que atañe a la forma y al contenido, y de evidentes resonancias políticas. Era un Rulfo del siglo veintiuno. Se anticipaba a la exacerbación del problema migratorio y su denuncia era la de un visionario comprometido, doliente, con la futura realidad. *La cordillera* rescataría la admiración de los escépticos. Sería un éxito colosal”.

Al cabo de la lectura, enteramente ebrio porque había bebido una botella de ron mientras Mónica se arrobaba, Macario pidió treinta mil dólares por el manuscrito.

“—Ni en sueños tengo yo esa cantidad.

--Ya se que no, Moniquita, pero puedes conseguirlos con señores de lana, con las editoriales, no se. En fin, ese es tu problema. Cuando tú me entregues treinta mil dolaritos, yo te doy *La cordillera*. Dando y dando.

Macario recogió de manos de Mónica el fólder con la novela. Lo guardó en su backpack. Antes de cerrarlo extrajo otro fólder azul. Se lo tendió a la escritora.

--Hice unas copiecitas de cinco de las páginas. Ésas sí te las regalo para que puedas negociar. ¿Te sirven? Y aquí está mi celular.